

TEXTES BACCALAURÉAT

Espagnol

TS4

2009 - 2010

Professeur: Rafael del Moral

1. EL HOMBRE DE LA CARTERA	2
2. VOLVER A ESPAÑA	3
3. UN JUICIO EN CALIFORNIA.....	4
4. ¡VAYA DÍA DE REYES!	5
5. EL ÁRBOL DE LA CIENCIA	6
6. TIEMPO DE SILENCIO.....	8
7. EL JARAMA	9
8. CINCO HORAS CON MARIO.....	10
9. CONTINUIDAD DE LOS PARQUES.....	11
10. EL ALEPH	12
11. EL CIPRÉS DE SILOS	13
12. SONETO DE AMOR.....	14

Le proviseur

Le professeur

1. EL HOMBRE DE LA CARTERA

Durante los años cincuenta, los niños de un pueblo español suelen cantar el himno de la radio local.

*Niño si quieres ser feliz
¡ser feliz!
Radio Alegría has de oír
¡has de oír!
Y usted, señor,
Si un buen licor
Quiere beber
¡tiene que ser!
¡tiene que ser!
Crema Juamer,
Crema Juamer.*

Nos lo sabíamos de memoria a fuerza de repetirlo. Es que contaron en el programa que había un representante de Destilerías Juamer que si te pillaba cantándolo por la calle, te daba un duro. Por eso, a la salida de las escuelas se formaban manadas de chiquillos que iban por todas partes cantando esa canción. Lo que pasa es que nadie sabía lo que es un representante. El Sánchez Peinado nos dijo que tenía que ser un señor con una cartera. Un día le vimos :

- ¿Dónde? - preguntamos todos a la vez.

- ¡Allí, miradle, el que se baja del coche! - chillaba Briones como un cochinito congestionado.

- ¡El representaaante! — confirmó Ruiz, al tiempo que emprendía la carrera.

- ¡Allí, allí! ¡El representante!

- Niño si quieres ser feliz...! -cantábamos todos mientras nos íbamos para él.

El hombre se nos quedó mirando y se le vio que quería como volverse a meter en el coche. Pero no le dio tiempo: le rodeamos y le cantamos. Entonces, apretó la carterilla contra el pecho y salió andando, como si la cosa no fuera con él. Pero nosotros le seguimos, sin dejar de cantar. Miraba para atrás y apretaba el paso. Nosotros también; y sin dejar de cantar. Finalmente, salió corriendo y se metió en un bar. Nosotros no; pero sin dejar de cantar. Para mí, que nos miraba con ojos de susto tras la puerta, pero el Ruiz dijo que éramos muchos y que no quería soltar tantos duros.

Estuvimos cantando mucho rato a la puerta del bar. Y hubiéramos seguido, pero salió un camarero con un palo y nos dispersamos.

Al día siguiente, el Ruiz llegó radiante a la escuela, y en el recreo nos enseñó un duro. Por lo visto, cuando el representante salió del bar, le siguió y le cantó. Para disimular, el hombre se recorrió todas las droguerías del pueblo, pero el Ruiz le esperaba y le cantaba a la salida. El hombre llegó a tirarle piedras y todo, pero cuando ya era muy tarde y estaban en la calle donde había dejado el coche, se volvió hacia el Ruiz, que iba por la otra acera, y le preguntó que qué les pasaba a los niños de este pueblo, que si eran todos imbéciles o qué. El Ruiz le dijo entonces que sabía que era el representante y que quería su duro por cantar. Y el hombre se lo dio.

- ¿Y qué te dijo?

- A mí, nada. Pero cuando se iba para el coche repetía: "¡Válgame Dios, válgame Dios!

- No me creará nadie!"

Durante algunos días más merodeamos por la zona, canta que te canta. Pero nada, no volvimos a ver al hombre de la cartera, al representante.

Andrés Sopena Monsalve, *El florido pensil*

2. VOLVER A ESPAÑA

Después de tantos años de inmovilidad, todo había empezado a cambiar muy deprisa para ellos, los españoles. Raquelita era pequeña, pero se daba cuenta. Se vuelven, se vuelven, se vuelven, ya se han vuelto.

- Nos volvemos, dijo también su padre, y aunque él había nacido en Toulouse y, su mujer en Nimes, no podría haber utilizado otro verbo, decirlo de otra manera. Me voy la semana que viene, yo solo. Los demás se quedan hasta Navidad, mientras encuentro un piso, y le busco un colegio a la niña a y eso. Como Raquel se queda sola con los críos y el trabajo le pilla tan lejos, he pensado que se podrían quedar con vosotros estos meses.

Era septiembre del 71, habían pasado el mes de agosto en Torre del Mar, y su padre había encontrado trabajo en España, o en Málaga, la ciudad del abuelo Aurelio, sino en Madrid, la ciudad del abuelo Ignacio.

Su hermano Mateo era todavía tan pequeño que nunca tendría recuerdos de Paris, pero ella había cumplido ya seis años, y empezó a echarlo todo de menos antes de tiempo.

- Pero, vamos a ver..., ¿por qué no te quieres ir?

La abuela Anita picaba las nueces para la ensalada y vigilaba con gesto preocupado el silencio huraño de su nieta. Ya verás lo bien que vais a estar en Madrid, y por el colegio no te preocupes. ¿No te acuerdas de cómo lloraste cuando te conté que ya no ibas a volver a la guardería? ¿Y qué? Pues nada. Encontraste a Mademoiselle Françoise, que era tan simpática, y en seguida hiciste un montón de amigos.

Pues en España igual, o mejor, porque es tu país. Nosotros como españoles fieles ya lo sabes.

Yo no, estuvo a punto de responder Raquelita, vosotros si pero yo no, yo soy parisina, nací aquí y no me quiero ir, me da miedo irme, dejar a mis amigos, mi barrio, mi casa, el autobús, las calles, los programas de televisión. Eso pensó, y si se conformó con una queja modesta o fue porque sus seis años no le consintieran formular sus sentimientos con precisión, sino porque ya sabía, siempre había sabido, que en aquella casa estaba prohibido decir eso en voz alta.

- Si por lo menos fuéramos a Málaga. Allí están los abuelos y, lo conozco de ir en verano.

- ¿Y qué? Tu abuelo Ignacio es de Madrid. Pídele que te cuente, anda. Yo no he estado nunca allí y me la sé de memoria.

- ¿Y por qué no os venís con nosotros, abuela?

- Porque a tu abuelo no le da la gana, porque es el hombre más cabezón que hay en el mundo. Cuando quisieron darle la nacionalidad francesa, no la quiso él, cuando pudimos empezar a ahorrar, se negó a comprar un piso. Aquí estamos y aquí seguiremos. Nos volveremos los últimos, mira lo que te digo, los últimos.

- Pero a ti te gustaría...

- Claro que me gustaría -la abuela sonrió, se sentó en una silla, la cogió en brazos. - Si me hubiera casado con un francés, como Olga, pues no, pero... Me casé con tu abuelo, tuve esa suerte, porque hemos sido muy felices pero siempre en español, hablando en español, cantando en español, criando hijos españoles, con amigos españoles, comida española, costumbres españolas, comiendo tarde y cenando más tarde todavía, traspasando y durmiendo la siesta. Aprendí a guisar igual que mi suegra, cocido los sábados, paella los domingos, lo he seguido haciendo todos estos años. Ahora ya no sé qué hacemos aquí, qué vamos a hacer aquí, sobre todo cuando os volváis vosotros. Si fuera por mí, ya estaríamos en Madrid.

Almudena Grandes, **El corazón helado**

3. UN JUICIO EN CALIFORNIA

Willie, el marido de la narradora, es abogado en California. La historia transcurre en la época actual.

En esa época Willie todavía no se daba por vencido con el caso de Jovito Pacheco, aquel mexicano que se cayó de un andamio en un edificio en construcción de San Francisco. Cuando la compañía de seguros le negó una indemnización, Willie entabló juicio. La selección del jurado era fundamental, como me explicó, porque existía una creciente hostilidad contra los inmigrantes latinos y era casi imposible conseguir un jurado benevolente. A los estadounidenses les encanta la idea de la inmigración, es el fundamento del sueño americano —un pobre diablo que llega con una maleta de cartón puede convertirse en millonario—, pero detestan a los inmigrantes. Ese odio, que sufrieron escandinavos, irlandeses, italianos, judíos, árabes y otros inmigrantes, es peor contra la gente de color y en especial contra los hispanos, porque son muchos y no hay forma de detenerlos. Willie viajó a México. Llevaba una fotografía amarillenta de la familia Pacheco, que le sirvió para identificar a sus clientes: una abuela de hierro, una viuda tímida y cuatro niños sin padre, entre ellos uno ciego. Nunca habían usado zapatos, carecían de agua potable y electricidad, y dormían en jergones en el suelo.

Willie convenció a la abuela, quien dirigía con mano firme a la familia, de que debían acompañarlo a California para presentarse en el juicio y le aseguró que le mandaría los medios para hacerlo. Se las arregló para conseguir visas para una breve visita de los Pacheco a Estados Unidos, los metió en un avión y los trajo, mudos de espanto ante la perspectiva de elevarse en un pajarraco metálico. En San Francisco descubrió que en ningún motel, por modesto que fuese, la familia se sentía a gusto: no sabían de platos ni cubiertos —comían tortillas— y nunca habían visto un excusado. Willie tuvo que hacerles una demostración, que produjo ataques de risa de los niños y perplejidad en las dos mujeres. Los intimidaba esa inmensa ciudad de cemento, ese torrente de tráfico y esa gente que hablaba una jergonza incomprensible. Por último los amparó otra familia mexicana. Los niños se instalaron frente a la televisión, incrédulos ante tal prodigio, mientras Willie procuraba explicar a la abuela y la viuda en qué consistía un juicio en Estados Unidos.

El día señalado se presentó con los Pacheco en el tribunal. No les dieron nada a los Pacheco. « Esto jamás le hubiera pasado a un blanco », comentó Willie mientras se preparaba para apelar ante un tribunal superior. Estaba indignado por el resultado del juicio, pero la familia lo tomó con la indiferencia de la gente acostumbrada a la desgracia. Esperaban muy poco de la vida y no entendían por qué este abogado de ojos azules se había dado el trabajo de ir a buscarlos a su aldea para mostrarles cómo funcionaba un excusado.

Para paliar la frustración de haberles fallado, Willie decidió llevarlos de paseo a Disneylandia, en Los Ángeles, con el fin de que al menos les quedara un buen recuerdo del viaje.

— ¿Para qué crearles a esos niños expectativas que nunca podrán satisfacer? —le pregunté.

—Deben saber lo que ofrece el mundo, para que prosperen. Yo salí del gueto miserable donde me crié porque me di cuenta de que podía aspirar a más —fue su respuesta.

—Tú eres un hombre blanco, Willie. Y, tal como tú dices, los blancos llevan ventaja.

Isabel Allende, *La suma de los días*

4. ¡VAYA DÍA DE REYES!

Barcelona, inmediatamente después de la guerra civil, Anna, la narradora, vive con sus tres hermanos, Elías, Pía, Alexis, en casa de su abuelo. Siendo los padres republicanos, exigió el abuelo que los niños fueran separados de sus padres.

El abuelo nos esperaba de pie, con aire solemne, y nos llevó ante las puertas cerradas del salón. Y cuando estuvo seguro de que no faltaba ningún miembro de la familia ni del servicio, las abrió con solemnidad, nos hizo entrar a los cuatro, y como si hubiera pasado la noche empaquetando juguetes con los que llenar el salón, se quedó en la puerta esperando nuestra reacción. Nos habíamos puesto cada uno frente a su zapato vacío y manteníamos el rostro impenetrable, ni de pena ni de alegría, ni de enfado ni de desilusión, ni de frío ni de calor. "Los Reyes, como el abuelo ya os dijo muchas veces, traen juguetes a los niños que se portan bien, los juguetes son premios que hay que ganarse y, vistas vuestras notas, no hay premio posible para vosotros", dijo el abuelo. Seguimos inmóviles. Yo miraba a Alexis que cerraba y abría los ojos para alejar unas lágrimas furtivas que pugnaban por salir y apretaba los labios para contener el llanto, pero aguantaba. "Además, el abuelo os ha dicho la verdad, como la dice siempre, -seguía él- los Reyes son los padres. Bien, creo que no hace falta continuar, en la situación en que estáis no debéis ni podéis aspirar a lo que aspiran los demás porque no tenéis padres, es decir, -rectificó- vuestros padres no están donde deberían estar". Se detuvo un instante, cerró los ojos y continuó: " Pero tenéis el afecto y la protección del abuelo que no tiene ninguna obligación de cuidaros y educaros, y esto es mucho más de lo que merecéis, así que con este regalo ya podéis estar satisfechos. ¿Habéis entendido lo que el abuelo os ha dicho?" rugió.

Dijimos que sí con la cabeza pero seguimos sin movernos, de pie, de cara al balcón. "Venga, Alexis -lo consoló Elías- no llores, vas a cumplir seis años, ya eres mayor, no llores. No te preocupes, ¿qué querías?, ¿una pelota? Pues tendrás una pelota, y ¿una diana con flechas?, pues también la tendrás".

Alexis intentaba contener las lágrimas pero no lo logró hasta que Elías y Pía descuartizaron un almohadón y con el relleno de plumas y unos cordeles que sacaron de no sé dónde, hicieron una pelota, no muy grande ni demasiado bonita, pero una pelota con la que jugamos un partido de fútbol de dos jugadores en cada equipo. Y cuando nos cansamos de fútbol, Elías fue a buscar una tiza de la pizarra de la cocina y dibujó una gran diana en la puerta de roble del salón que daba al cuarto del abuelo y se fue otra vez a la cocina para volver con dos cuchillos, los de punta más afilada que encontró. Los mayores ni siquiera habían vuelto al salón, el abuelo había salido y no volvería hasta la hora del almuerzo y nosotros, libres y felices, nos dedicamos a nuestros torneos de puntería que dejaron las puertas de roble machacadas y llenas de agujeros de las puntas los cuchillos.

A pesar de los bofetones que nos cayeron aquel mediodía y de habernos quedado sin roscón de Reyes, estábamos satisfechos, sin saber muy bien por qué. Tal vez porque por primera vez teníamos la sensación de que habíamos respondido como si fuéramos mayores, sin discutir, sin revelarnos, pero a nuestro modo digno e insultante.

Rosa REGÁS, Luna lunera

5. EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

- Amigo, es que la naturaleza es muy sabia. No se contenta solo con dividir a los hombres en felices y desdichados, en ricos y pobres, sino que da al rico el espíritu de la riqueza, y al pobre el espíritu de la miseria. Tú sabes cómo se hacen abejas obreras; se encierra a la larva en un alvéolo pequeño y se le da una alimentación deficiente. La larva esta se desarrolla de una manera incompleta; es una obrera, una proletaria, que tiene el espíritu del trabajo y de la sumisión. Así sucede entre los hombres, entre el obrero y el militar, entre el rico y el pobre.

- Me indigna todo esto – exclamó Andrés.

- Hace unos años – siguió diciendo Iturrioz - me encontraba yo en la isla de Cuba en un ingenio donde estaban haciendo la zafra. Varios chinos y negros llevaban la caña en manojos a una máquina con grandes cilindros que la trituraba. Contemplábamos el funcionamiento del aparato, cuando de pronto vemos a uno de los chinos que lucha arrastrado. El capataz blanco grita que paren la máquina. El maquinista no atiende la orden y el chino desaparece e inmediatamente sale convertido en una sábana de sangre y de huesos machacados. Los blancos que presenciábamos la escena nos quedamos consternados; en cambio los chinos y los negros se reían. Tenían espíritu de esclavos.

- Es desagradable.

- Sí, como quieras; pero son los hechos y hay que aceptarlos y acomodarse a ellos. Otra cosa es una simpleza. Intentar andar entre los hombres, en ser superior, como tú has querido hacer en Alcolea, es absurdo.

- Yo no he intentado presentarme como ser superior –replicó Andrés con viveza- . Yo he ido en hombre independiente. A tanto trabajo, tanto sueldo. Hago lo que me encargan, me pagan, y ya está.

- Eso no es posible; cada hombre no es una estrella con su órbita independiente.

- Yo creo que el que quiere serlo lo es.

- Tendrá que sufrir las consecuencias.

- ¡Ah claro! Yo estoy dispuesto a sufrirlas. El que no tiene dinero paga su libertad con su cuerpo; es una onza de carne que hay que dar, que lo mismo le pueden sacar a uno del brazo que del corazón. El hombre de verdad busca antes que nada su independencia. Se necesita ser un pobre diablo o tener alma de perro para encontrar mala la libertad. ¿Que no es posible? ¿Que el hombre no puede ser independiente como una estrella de otra? A esto no se puede decir más sino que es verdad, desgraciadamente.

(...)

- ¿Qué consecuencias pueden sacarse de todas esas vidas? - preguntó Andrés al final.

- Para mí la consecuencia es fácil - contestó Iturrioz, con el bote de agua en la mano -. Que la vida es una lucha constante, una cacería cruel en que nos vamos devorando los unos a los otros. Plantas, microbios, animales.

- Sí, yo también he pensado en eso - repuso Andrés -; pero voy abandonando la idea. Primeramente el concepto de la lucha por la vida llevada así a los animales, a las plantas y hasta los minerales, como se hace muchas veces, no es más que un concepto antropomórfico; después, ¿qué lucha por la vida es la de ese hombre don Cleto, que se abstiene de combatir, o la de ese hermano Juan, que da su dinero a los enfermos?

- Te contestaré por partes - repuso Iturrioz, dejando el bote para regar; porque esas discusiones le apasionaban -. Tú me dices, este concepto de la lucha es un concepto antropomór-

fico. Claro, llamamos a todos los conflictos luchas, porque es la idea humana que más se aproxima a esa relación que para nosotros produce un vencedor y un vencido. Si no tuviéramos este concepto en el fondo, no hablaríamos de lucha. La hiena que monda los huesos de un cadáver, la araña que sorbe una mosca, no hace más ni menos que el árbol bondadoso llevándose de la tierra el agua y las sales necesarias para la vida. El espectador indiferente, como yo, ve a la hiena, a la araña y al árbol, y se los explica. El hombre justiciero le pega un tiro la hiena, aplasta con la bota a la araña y se sienta a la sombra del árbol, y cree que hace bien.

- Entonces, ¿para usted no hay lucha, ni hay justicia?

- En un sentido absoluto, no; en un sentido relativo, sí. Todo lo que vive tiene un proceso para apoderarse primero del espacio, ocupar un lugar; luego, para crecer y multiplicarse; ese proceso de la energía de un vivo contra los obstáculos de un medio, es lo que llamamos lucha. Respecto de la justicia, yo creo que lo justo en el fondo es lo que nos conviene. Supón, en el ejemplo de antes, que la hiena, en vez de ser muerta por el hombre, mata al hombre; que el árbol cae sobre él y le aplasta; que la araña le hace una picadura venenosa; pues nada de eso nos parece justo, porque no nos conviene. A pesar de que en el fondo no haya más que esto, un interés utilitario, ¿quién duda que la idea de justicia y de equidad es una tendencia que existe en nosotros? Pero ¿cómo la vamos a realizar?

- Eso es lo que yo me pregunto: ¿Cómo realizarla?

- ¿Hay que indignarse porque una araña mate a una mosca? – siguió diciendo Iturrioz -. Bueno. Indignémonos. ¿Qué vamos a hacer? ¿Matarla? Matémosla. Eso no impedirá que sigan las arañas comiéndose a las moscas. ¿Vamos a quitarle al hombre esos instintos fieros que te repugnan? ¿Vamos a borrar esa sentencia del poeta latino: *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre? Está bien. En cuatro o cinco mil años lo podremos conseguir. El hombre ha hecho de un carnívoro como el chacal, un omnívoro como el perro; pero se necesitan muchos siglos para eso. No sé si habrás leído que Spallanzani había acostumbrado a una paloma a comer carne y a un águila a comer y digerir pan. Ahí tienes el caso de esos grandes apóstoles religiosos y laicos; son águilas que se alimentan de pan en vez de alimentarse de carnes palpitantes; son lobos vegetarianos. Ahí tienes el caso del hermano Juan...

Pío Baroja, El árbol de la ciencia

6. TIEMPO DE SILENCIO

Como la vieja Dora se había empeñado en que tenía que llevarlas -aunque no tenía ninguna gana- tuvo que resignarse y llevarlas a la verbena. Para verbenas estaba él. Pero no hubo modo. Se había empeñado en que sí, que sí, que ella nunca salía de casa y menos por la noche y que por favor que fuera galante con las señoras, así que las llevó. Estaba la noche fresca y Dora iba toda preocupada o haciendo como que estaba preocupada, melindreando con la florecita primorosa de su hija que se la iba a llevar aquel bárbaro vestida de blanco cualquier día de éstos y ya nunca más, nunca más estaría con la madre que la había criado a sus pechos y para la que era más querida que la niña de sus ojos si así puede decirse. Pero eso son los hijos, unos desagradecidos, unos ingratos y eso que ella no, que ella había sacrificado el porvenir de su vida y muchísimos posibles partidos de señorones riquísimos que la habían querido llevar cuando ella estaba en la floración o eclosión o infrutescencia de su palmito, deseada y seguida por los perros de los hombres que se arrastraban con la lengua fuera, pero ella erre que erre, contra viento y marea, de qué dificultosísima manera había tenido que luchar para conservarse toda entera para su querida hija a la que, no por ser flor de un mal paso, menos había querido que ya se sabe cuán tiernos son los frutos del amor prohibido. No quería ni pensar en el bailarín diabólico ni en la época en que el arrancamiento y el rum negrita habían sido causa de tan alocados desvíos. En cuanto que de la verbena se oía ya el chip-chip gustoso, hacia él iban acaloradamente los grupos en la noche un poco fresca pero que se disimula con bufanda de seda blanca y con chaqueta un poco prieta y con gorra visera bien puesta sobre el colodri- llo. Ellas, algunas, ya gordas fondonas, de remango y aire concupiscente, enarbolaban sobre sus hombros mantones de manila con flecos de seda, a cuya vista volvía a sentirse triste de no haberse puesto el suyo, traído por el difunto coronel de las islas legítimas y adornado con aves del paraíso. Eran los mantones, colgados en la vitrina del cuarto de recibo, algo tan sutil que podía romperse, pero si se los hubiera puesto con cierto cuidadito y con las precauciones necesarias, todos habrían pensado qué bien, qué bien le caían. Dorita novia feliz iba de su novio bien cogida y a él le parecía agradable llevarla así viendo en ciertos momentos, al pasar bajo los faroles, con disimulo, el perfil de la carita que podría pasar por una virgencita sevillana o por cualquiera, de las divinas imágenes que moldearon los dedos de los escultores idos que sabían lo que se hacían cuando derrochaban ángel, lágrimas brillantes en tamaño natural y colorcitos suaves para caras como de cera, que así estaba de virginal, aunque ya un poco cansada, la preciosísima Dorita con su talle cimbreante oscilando al lado mismo del codo del novio que sentía el roce y le hacía soñar en aquellas veladas cuando la veía columpiarse en la mecedora, después de la cena, con las finas piernas asomando por debajo de la falda.

Luis Martín Santos, Tiempo de silencio

7. EL JARAMA

Desde el suelo se veía la otra orilla, los páramos del fondo y los barrancos ennegrecidos, donde la sombra crecía y avanzaba invadiendo las tierras, ascendiendo las lomas, matorral a matorral, hasta adentrarse por completo; parda, esquiva y felina oscuridad, que las sumía en acecho de alimañas. Se recelaba un sigilo de zarpas, de garras y de dientes escondidos, una noche olfativa, voraz y sanguinaria, sobre el polvo de indefensos encames maternos; campo negro, donde el ojo del ciclope del tren brillaba como el ojo de una fiera.

-Bueno, cuéntame algo.

Aún había muchos grupos de gente en la arboleda; se oía en lo oscuro la musiquilla de una armónica. Era una marcha lo que estaba tocando, una marcha alemana, de cuando los nazis.

-Anda, cuéntame algo, Tito.

-¿Que te cuente, ¿el qué?

-Hombre, algo, lo que se te ocurra, mentiras, da igual. Algo que sea interesante.

-¿Interesante? Yo no sé contar nada, qué ocurrencia. ¿De qué tipo? ¿Qué es lo interesante para ti, vamos a ver?

-Tipo aventuras, por ejemplo, tipo amor.

-¡Huy, amor!- sonreía, sacudiendo los dedos-. ¡No has dicho nada! ¿y de qué amor? Hay muchos amores distintos.

-De los que tú quieras. Con que sea emocionante.

-Pero si yo no sé relatar cosas románticas, mujer, ¿de dónde quieres que lo saque? Eso, mira, te compras una novela.

- ¡Bueno! Hasta aquí estoy ya de novelas, hijo mío. Ya está bien de novelas, ¡bastantes me he tengo leídas! Además es ahora, ¿qué tiene que ver?, que me contaras tú algún suceso llamativo, aquí, en este rato.

Tito estaba sentado, con la espalda contra el tronco; miró al suelo, hacia el bulto de Lucita, tumbada a su izquierda; apenas le entrevía lo blanco de los hombros, sobre la luna negra del bañador, y los brazos unidos por detrás de la nuca.

- ¿Y quieres que yo sepa contarte lo que viene en las novelas? – le dijo- ¿Qué me vas a pedir?

¿ahora voy a tener más fantasía que los que las redactan? ¡Entonces no estaba yo despachando en un comercio, vaya chiste!

- Por hacerte hablar, ¿qué más da?, no cuesta nada. Pues todas traen lo mismo, si vas a ver, tampoco se estrujan los sesos, unas veces te la ponen a Ella rubia y a El moreno, y otras sale Ella de morena y El de rubio; no tienen casi variación.

Rafael Sánchez Ferlosio, El Jarama

8. CINCO HORAS CON MARIO

Casa y hacienda, herencia son de los padres, pero una mujer prudente es don de Yavé y en lo que a ti concierne, cariño, supongo que estarás satisfecho, que motivos no te faltan, que aquí, para *internos*, la vida no te ha tratado tan mal, tú dirás, una mujer sólo para ti, de normal ver, que con cuatro pesetas ha hecho milagros, no se encuentra a la vuelta de la esquina, desengáñate. Y ahora que empiezan las complicaciones, zas, adiós muy buenas, como la primera noche, ¿recuerdas?, te vas y me dejas sola tirando del carro. Y no es que me queje, entiéndelo bien, que peor están otras, mira Transi, imagínate con tres criaturas, pero me da rabia, la verdad, que te vayas sin reparar en mis desvelos, sin una palabra de agradecimiento, como si todo esto fuese normal y corriente. Los hombres una vez que os echan las bendiciones a descansar, un seguro de fidelidad, como yo digo, claro que eso para vosotros no rige, os largáis de parranda cuando os apetece y sanseacabó, que las mujeres, de sobras lo sabes, somos unas románticas y unas tontas. Y no es que yo vaya a decir ahora que tú hayas sido un cabeza loca, cariño, solo faltaría, que no quiero ser injusta, pero tampoco pondría una mano en el fuego, ya ves. ¿Desconfianza? Llámalo como quieras, pero lo cierto es que los que presumís de justos sois de cuidado, que el año de la playa bien se te iban las vistillas, querido, que yo recuerdo la pobre mamá que en paz descansa, con aquel ojo clínico que se gastaba, que yo no he visto cosa igual, el mejor hombre debería estar atado, a ver. Mira Encarna, tu cuñada es, ya lo sé, pero desde que murió Elviro ella andaba tras de ti, eso no hay quien me lo saque de la cabeza. Encarna tiene unas ideas muy particulares sobre los deberes de los demás, cariño, y ella se piensa que el hermano menor está obligado a ocupar el puesto del hermano mayor y cosas por el estilo, que aquí, sin que salga de entre nosotros, te diré que, de novios, cada vez que íbamos al cine y la oía cuchichear contigo en la penumbra me llevaban los demonios. Y tú, dale, que era tu cuñada, valiente novedad, a ver quien lo niega, que tú siempre sales por peteneras, con tal de justificar lo injustificable, que para todos encontrabas disculpas menos para mí, ésta es la derecha. Y no es que yo diga o deje de decir, cariño, pero unas veces por fas y otras por nefas, todavía estás por contarme lo que ocurrió entre Encarna y tú el día que ganaste las oposiciones, que a saber qué pito tocaba ella en ese pleito, que en tu carta, bien sobrio, hijo, “Encarna asistió a la votación y luego celebramos juntos el éxito”. Pero hay muchas maneras de celebrar, me parece a mí, y tú, que en Fioma, tomando unas cervezas y unas gambas, ya, como si fuese una tonta, como si no conociera a Encarna, menudo torbellino, hijo. ¿Pero es que crees que se me ha olvidado, adoquín, cómo se te arrimaba en el cine estando yo delante? Sí, ya lo sé, éramos solteros entonces, estaría bueno, pero, si mal no recuerdo, llevábamos hablando más de dos años y unas relaciones así son respetables para cualquier mujer, Mario, menos para ella, que, te digo mi verdad, me sacaba de quicio con sus zalemas y sus pamplinas, ¿Crees tú, que, conociéndola, estando tú y ella mano a mano, me voy a tragar que Encarna se conformase con una cerveza y unas gambas?

Miguel Delibes, **Cinco horas con Mario**, 1966.

9. CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de ilusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sordida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atado rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Julio Cortázar, **Final de juego**,

10. EL ALEPH

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) eran infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Benton, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querátaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi un dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, y vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todo los puntos vi en el Aleph la tierra y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

J.L. Borges, **El Aleph**

11. EL CIPRÉS DE SILOS

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.
Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.
Cuando te vi, señor, dulce firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto cristales,
como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

Gerardo Diego

12. SONETO DE AMOR

Si muero sobrevíveme con tanta fuerza pura
que despiertes la furia del pálido y del frío,
de sur a sur levanta tus ojos indelebles
de sol a sol que suene tu boca de guitarra.
No quiero que vacilen tu risa ni tus pasos,
no quiero que se muera mi herencia de alegría,
no llames a mi pecho, estoy ausente.
Vive en mi ausencia como en una casa.
Es una casa tan grande la ausencia
que pasarán en ella a través de los muros
y colgarás los cuadros en el aire.
Es una casa tan transparente la ausencia
que yo sin vida te veré vivir
y si sufres, mi amor, me moriré otra vez.

Pablo Neruda, Cien sonetos de amor